

SALUD
CIENCIAS SOCIALES
HUMANIDADES



Fundación
Letamendi
Foms

2025, Vol. 5, núm 2

ISSN: 2462-2753

SUMARIO

TEMA DEL DÍA

Pág.

ENFOCAR Y DESENFOCAR. UNA PROPUESTA

1

Torrell Vallespín G, Novoa Jurado AJ.

PENSAMIENTO ACTUAL

EL CINE COMO AULA EN LAS CIENCIAS DE LA SALUD

31

López García-Franco A, Álvarez Herrero C.

UNA APROXIMACIÓN A LOS VALORES EN LA PRÁCTICA CLÍNICA DESDE LA PERSPECTIVA DEL PROFESIONAL ASISTENCIAL

72

Casado Buendía S.

ARTE, SALUD Y SOCIEDAD

COMUNICANDO EN PATIO DE VECINAS

92

Galindo Salmerón Z.

EL ARTE DE VER LO QUE DUELE: CRÓNICA DE UN MÉDICO-FOTÓGRAFO

102

Almendro C.



Codirectores

Marc Antoni Broggi i Trias (PCBC)
Alexandra Albarracín Castillo

Responsable de Redacción

Beatriz Gutiérrez Muñoz

Consejo Editorial

Francesc Borrell-Carrió
Juan Carlos Hernández Clemente
Juan Medrano Albéniz
Vicente Morales Hidalgo

Correspondencia

Web:
<http://www.fundacionletamendi.com>

Correo electrónico:
info@fundacionletamendi.com

Envío de manuscritos:
<http://www.fundacionletamendi.com/revista-folia-humanistica/envio-de-manuscritos/>

Folia Humanística es una revista internacional que tiene el doble objetivo de fomentar, por un lado, la reflexión y el debate público en el ámbito de la Salud, Ciencias Sociales y Humanidades, y por el otro, la colaboración entre distintos equipos de investigación nacionales e internacionales que dinamicen el diálogo entre la filosofía de la medicina, la salud pública y la justicia social. Dividida en “Tema del día”, (artículos para el debate), “Pensamiento actual”, (artículos críticos de novedades editoriales), y “Arte, Salud y Sociedad”, la revista se esfuerza en fortalecer las conexiones entre la investigación académica, la práctica clínica, las experiencias de los pacientes y sus implicaciones éticas y estéticas en la sociedad. Todo ello con la intención de favorecer la reflexión entre diferentes disciplinas sobre temas de actualidad y las tendencias más novedosas en el campo de las Humanidades y la Salud.

Folia Humanística is an International Journal, born with the dual aim of fuelling the discussion and public debate on issues of health, social sciences and humanities and on the hand, of fostering cooperation between various research groups, both national and International, to spur the dialogue between philosophy and medicine, public health and social justice. The Journal is divided into three different sections: “main focus” (article for debate), “Contemporary thought” (critical reviews of new Publications) and “Arts, Health and Society” which all contribute to strengthening the links between academic research, clinical practice, the experience of patients and their ethical and esthetical implications for society. Ultimately, the intention of the Journal is to promote reflection at the crossroads of several disciplines on topical issues and new trends in humanities and health.

COMUNICANDO EN PATIO DE VECINAS

Galindo Salmerón Z.

Resumen: A través de un arcoíris de voces disidentes que habitan en lo más profundo de una India rural y, en ocasiones hostil, con el cuerpo y la libertad de las mujeres que dedican su vida al campo de otros, me sumerjo en las cotidianidades de una lucha por sobrevivir y reinventarse, de la mano de Rhuna y Ruhi, dos pacientes primero, amigas después, que tanto me enseñaron en mi etapa como médica cooperante en Kolkata, al cuidado de mujeres quemadas por ácido por sus maridos. En este relato autobiográfico trato de despertar conciencias acerca de lo que significa ser mujer, en función del lugar en el que nazcas, la cultura que te envuelva y tus posibilidades de desarrollar una economía propia, con una red de apoyo.

Palabras clave: *Comunicación, Medicina rural, Cooperación Internacional, Ataques con ácido, Violencia ácida, Feminicidio, Sistema de castas, Perspectiva de género, India.*

Abstract: COMMUNICATING IN A NEIGHBOURHOOD COURTYARD

Through a rainbow of dissident voices that inhabit the depths of a rural and sometimes hostile India, with the body and freedom of women who dedicate their lives to the field of others, I immerse myself in the daily struggles to survive and reinvent themselves, hand in hand with Rhuna and Ruhi, two patients first, friends later, who taught me so much during my time as a medical volunteer in Kolkata caring for women burned with acid by their husbands. In this autobiographical account I try to raise awareness about what it means to be a woman, depending on where you are born, the culture that surrounds you and your possibilities of developing your own economy, with a support network.

Key words: *Communication, Rural medicine, International Cooperation, Acid attacks, Acid violence, Feminicide, Caste system, Gender perspective, India.*

Artículo recibido: 18 abril 2025; aceptado: 20 mayo 2025.

Rhuna es una chica locuaz y extrovertida, de tez multicolor –como le gusta decir a ella– y cabello negro azabache. Lleva varios pendientes en su oreja izquierda y un arete dorado en la nariz; es alta, delgada, y un círculo como luna de sangre preside el espacio comprendido entre sus dos ojos.

Su color favorito es el verde –no es casualidad la tonalidad del sari que lleva puesto hoy– y le encanta poner al resto de chicas patas arriba con sus canciones a primera hora de la mañana. El día en que me conoció –había escuchado que yo era española– me recibió con el “Aserejé” a todo volumen.

Tiene 18 años y vive en Kolkata, India, concretamente en una pequeña aldea llamada Daki que no aparece en los mapas. Así me lo hicieron saber en la oficina de

vacunación internacional cuando fui a preguntar por la vacuna de la Malaria, unos treinta días antes del viaje.

- *¿Estás segura de que esto está en Calcuta, niña? Mira que aquí en el ordenador no me aparece el sitio este por ningún lado... Asegúrate bien, anda, no te vayan a engañar.*

Rhuna me estaba contando aquella mañana, entremezclando el inglés con el bengalí, que le hubiera encantado poder estudiar Veterinaria. Adora los animales, le entusiasman. Sin embargo, el único animal al que había tenido que estudiar en profundidad, por pura supervivencia, había sido su marido. Aquel con quien la casaron, sin vista previa y dote en mano, a los 15 años. El mismo que la recluyó en un pequeño habitáculo de adobe, su propia habitación impropia, mezcolanza de olores, cada una de las eternas horas que tiene el día cuando no se vislumbra el campo ni a las amigas cerca.

Solo le dejaba salir para hacer sus necesidades; las de él, claramente. Limpiar, cocinar, recoger los huevos y echarle de comer a la vaca. Por lo menos, pensaba ella, tenía animales. Eso la consolaba. Ella lloraba cuando él no estaba y ellos miraban. Sin comprender.

Así pasaron tres largos años, castigada, por no traer un varón al mundo. Todas las noches forzada, y ella mecánica, impasible, en silencio. Eso le enfadaba más a él. Que aparentase no tener miedo ni emoción alguna. Rendida pero brava. Pero podría ser peor, pensaba: podría haber traído al mundo a una niña. Entonces, estaba segura, Rajat le hubiera echado la culpa a ella y las palizas se habrían incrementado.

Una mañana cualquiera –ya estaba todo preparado desde hacía semanas–, su marido le pidió que fuese al mercado sola. ¡Se puso tan contenta! Por fin coincidir con otras voces, lucir sus telas de colores viejas, sentir, aunque solo fuese por un instante, que su cuerpo le pertenecía, que le respondían los pasos. Normalmente, era

su suegra la encargada de aprovisionar los víveres, para evitar distracciones y tentaciones en la joven. Como si fuese a pensar en escapar, como si no resultase más dolorosa la deshonra a la familia y la frialdad del padre, aún invisible ahora, que el cómputo global de zarandeos semanales. No sabía que un hematoma podía tener tal diversidad de colores. Su piel era un lienzo.

Recorrió tres calles, cuatro calles, cinco calles. Tocaba girar a la derecha. Se entretuvo en quitarse una piedrecita juguetona que se había escondido entre el primer y el segundo dedo de su pie izquierdo. Escuchó un “¡Hey!” y se dispuso a levantar la cabeza para ver quién era, pero no pudo verlo. Quedó a medio camino, entre su futuro y la asfixiante Pompeya haciéndose eco en su diafragma. Un instante de frescor, de cascada desparramándose parcialmente por su rostro, sus brazos, sus senos, su abdomen... y, tras ello, una oleada de dolor irruptivo y denso, calcinante. Después, todo se llenó de oscuridad y de gritos pasajeros.

Rhuna tardó en desmayarse escasos dos minutos. Despertó tres días más tarde en un hospital benéfico a las afueras de Kolkata. Nosotras no nos conoceríamos hasta varios meses y cirugías después, cuando transcurre el grueso de este relato, el suyo.

Le pregunto cómo es que sabe hablar inglés. Me cuenta que su padre había trabajado años atrás como guía de montaña en los Himalayas, para grupos de turistas europeos que ansiaban hacer cima en la montaña más alta del mundo. “*¿Cómo había acabado entonces siendo jornalero en aquellas tierras?*”.

- *Just love* –responde ella.

Al parecer, en su país –al menos en las zonas rurales–, si te casabas con alguien de una casta inferior, perdías todos tus privilegios de clase y eras expulsado de tu comunidad, de tu familia, de tu núcleo. Así fue como su padre contrajo por dote deudas y pobreza, ganado escuálido y una boca más a la que alimentar: la de su hija.

La alimentó de todo cuanto sabía, de todo cuanto había conocido antes de conocerla a ella y, cuando tuvo la edad suficiente para ser mujer, la entregó en mano y destino a quien pudiese hacerse cargo de ella, como un buen padre, como había que hacer. Era difícil casar a una hija mestiza y no quería que acabase con un paria, teniendo que mendigar por un naan y un cuenco de arroz.

Fueron muchas las conversaciones con Rhuna durante aquellas primeras semanas en que todavía había que ir a curarla al menos dos veces al día. Las heridas de la última cirugía aún estaban frescas y el ambiente sofocante y húmedo que nos propiciaba el Ganges, con todo su esplendor turquesa, creaba un microclima perfecto para el desarrollo de sobreinfecciones en la piel. Así que, cada mañana después del desayuno y cada noche antes de la meditación con Shyamalmoy en la azotea, me pasaba a ver cómo estaba Rhuna, charlábamos un rato, reíamos, revisaba el estado de sus muñones y le ayudaba a echarse crema hidratante en el rostro.

Rhuna, a sus dieciocho años apenas cumplidos, había sido brutalmente quemada por ácido por algún muchacho lo suficientemente desesperado económicamente como para hacerle el trabajo sucio a su marido por un puñado de rupias. El precio de una vida en una bolsa tintineante.

Donde antes había dos manos, con cinco dedos en cada una de ellas, ahora quedaban, aún en proceso de remodelación, dos muñones asimétricos con algunos dedos emergiendo directamente del muñón. Eso sí, las uñas pintadas de verde. Sus brazos tenían al menos cuatro tonalidades diferentes: marrón oscuro, marrón claro, rosa pálido y blanco roto; al igual que su rostro, su torso, y parte de su abdomen. En el lugar donde antes se encontraba la oreja derecha, quedaba al descubierto el conducto auditivo externo, no tenía pestañas y apenas quedaba el perfil de su labio superior, pintado de rojo. Una serie de pliegues fibróticos recorrían la cara anterior de su cuello y algunas partes más de su cuerpo, y lucía una orgullosa peluca que le cubría la zona de crecimiento del pelo.

Siempre intentaba que me diese tiempo a pasar al menos una vez más a media tarde, por el dormitorio donde se encontraba Rhuna, para echar un ratito extra de cháchara sin la distracción de las curas y los tratamientos de por medio. Así, poco a poco, nos fuimos haciendo amigas. Ella me pedía que le contase cosas de cómo era mi vida en España, se reía de mi pelo azul y me preguntaba por qué no estaba casada si era mayor que ella y me veía guapa. Yo le contaba que allí no hacía falta casarse si una no quería, y que, si quería, normalmente, podía hacerlo con aquel o aquella de quien estuviese enamorada. Yo aprovechaba para hablarle de las leyes que nos protegían y sobre que, bajo ningún concepto, estaba permitido insultar, pegar o asesinar a las mujeres, aunque todavía hubiese quien lo hiciera. Fue la primera vez que introduce el tema de la Violencia de Género. Fue un antes y un después. Rhuna se quedó pensativa y, después de unos minutos en silencio, mientras yo terminaba de recoger mis cosas para marcharme al mercado, me dijo:

- *Eso es lo que me han hecho a mí... me han quemado por ser mujer, ¿verdad?*

A partir de entonces, Rhuna fue hablando un poco más del, al principio, “accidente”, y más tarde agresión, que había sufrido, así como de las cosas que quería hacer cuando se curase y saliese de allí: quería irse del pueblo, pedir un microcrédito a la ONG y abrir una tiendita en la capital junto a su amiga Ruhi, la compañera de la cama de al lado, también quemada con ácido por su marido, y que se debatía entre si regresar o no con él cuando saliese de allí, lo cual sucedería en breve. Ruhi decía que era eso o ponerse a mendigar con su pequeño de dos años en el mercado de las flores, como tantas otras antes que ella. No quería que su hijo creciese en la calle y sin padre, aunque dicho padre fuese un monstruo; además, “estaba arrepentido”, decía.

Rhuna le decía que ni lo uno ni lo otro, que se iban las dos con el niño, lejos de ambos maridos y lejos de los rumores mezquinos de las gentes del pueblo. Ruhi

asentía y sonreía triste, con la mirada posada en su pasado y con su pasado posado sobre la imagen que le devolvía su rostro.

Una noche le pregunté a Shyamalmoy qué hacía Rhuna todavía aquí. Shyamalmoy era el director del proyecto en Daki. Era un hombre que rondaba los cincuenta, apuesto, educado y al que le encantaba que terminásemos el día reflexionando sobre la vida y sus derroteros en la azotea, bajo las estrellas de Bengala. Me contestó que aún la estábamos “curando”, que las cicatrices de adentro tardan más en desaparecer que las de afuera y que, lejos de Europa, no existían los psicólogos para las personas rotas.

Me fui a dormir pensando en nuestra conversación, recorriendo mentalmente las vidas de cada una de las mujeres que dormían bajo el mismo techo que yo y, por primera vez, siendo consciente de que ninguna de ellas tenía razones estrictamente médicas, o mejor dicho “orgánicas”, para permanecer ingresadas. Nosotras no estábamos allí para revisar las heridas y pautar analgésicos, lo que dolía no era el cuerpo, sino el alma.

A partir de entonces, cambié mi rutina de pasar la planta. Comenzaba las visitas preguntando a cada una de ellas sobre qué querían charlar hoy. Rhuna me hacía de traductora, ya que el resto no hablaban inglés y mi dominio del bengalí era aún muy torpe. Cada mañana escogíamos un tema y, mientras las curas pasaban a un lugar secundario, debatíamos posturas y compartíamos experiencias y conocimientos sobre nuestras particulares visiones desde dos puntos tan lejanos en el mundo. La maternidad, las clases sociales, el trabajo, el dinero, el campo, las ciudades, ser mujer, la enfermedad, la muerte, el duelo... Y descubríamos en la palabra de la de enfrente toda una potencialidad de destinos que nos ensanchaba la mente, nos acercaba a lo desconocido y nos abría en canal. Después, como despedida, se elegía la canción favorita de alguna de nosotras, se traducía la letra para que la entendiésemos todas, y la bailábamos entre las camillas como si fuese a ser la última.

Así se sucedieron un par de semanas más, hasta que se me ocurrió ir un paso más allá. Si todo aquello era tan enriquecedor, si estábamos aprendiendo tanto las unas de las otras, ¿por qué esperar a la tragedia para que fuese pertinente compartirnos en asamblea de mujeres? No estaba bien visto entre los hombres que las mujeres hablasen entre ellas, sin estar ellos presentes y, mucho menos, que hablasen con una occidental. Sin embargo, se había corrido la voz de que María y yo estábamos en el proyecto y ya habían empezado a acercarse algunas curiosas.

María era una chica de la facultad que tampoco estaba dispuesta a hacer el MIR nada más acabar la carrera. Quería recorrer mundo, decidir a qué quería dedicarse e impregnarse de cómo se trabajaba en otros lugares, donde había escasez de tecnologías y recursos. A mí me pasaba un poco lo mismo. Siempre había querido dedicarme a la Cooperación, pero renegaba completamente de los aires de “blanquita salvadora” que se respiraban en las grandes ONGs de “acción humanitaria”. Habíamos estado leyendo sobre otras formas de proceder, sobre aquello de la pertinencia cultural, la sostenibilidad, la participación y el trabajo en red, como herramientas de empoderamiento de las comunidades, de ayudar sin asfixiar, de cooperar respetando; desde otro lugar. Por eso, pensamos que, eligiendo un proyecto local, donde no fuésemos el eje fundamental de acción sino un apoyo a las necesidades percibidas por la población, podíamos acercarnos de primera mano a la Medicina en la que creímos, la de “*primum non nocere*” y la de “*¿Cómo estás? ¿Qué necesitas?*”.

De esa curiosidad ajena y de esas dos preguntas en boca propia, partió el desarrollo de la iniciativa que más motivación nos suscitaría. Dado que las mujeres del pueblo habían comenzado a querer invitarnos a sus casas para charlar un poco y hacernos a su vez preguntas, decidimos probar a convocarlas en pequeños grupos para tratar sobre temas que les interesaran y que pudieran mejorar su salud y sus capacidades para mantenerla y recuperarla.

A la primera “asamblea de salud” acudieron tan solo unas pocas, con los críos en brazos y la bandeja de té en el centro. Nos reunimos en el patio de la más anciana. Nosotras, por nuestra parte, habíamos preparado unas cartulinas improvisadas donde habíamos escrito en bengalí y en inglés unos cuantos términos introductorios acompañados de dibujos con trazos sencillos (pero eso sí, sin escatimar en colores) sobre cada uno de los temas que habían decidido previamente que querían hablar. El día previo, Shyamalmoy había sido el encargado de hacernoslo llegar, a través de todo un entramado de comunicadoras intermedias.

El primer taller fue sobre salud infantil, para lo que recogimos un montón de tratamientos naturales, recopilados de un viejo libro de salud indígena latinoamericana que tenía María, adaptando los ingredientes a la cultura popular. Se trataba de poder trabajar sin recursos farmacológicos –dada la práctica inexistencia de asistencia sanitaria posible en aldeas lejanas al hospitalito–, y de reconocer, cuando los hubiese, signos de alarma para poner toda la maquinaria social en marcha y poder llevar al crío o la cría al centro más cercano, si su salud peligraba.

Conforme se fue corriendo aún más la voz sobre las charlas participativas, el número de asistentes a las mismas fue aumentando exponencialmente; tanto, ¡que se nos fue de las manos y no cabíamos en los patios! Ahí fue cuando la cosa empezó a ponerse interesante de verdad y aparecieron puestos sobre la mesa los temas que más les inquietaban, aquellos de los que nadie hablaba en voz alta. Y así, fue como surgió “la cartulina del cuerpo femenino”.

Muchas de aquellas mujeres habían tenido o tenían infecciones genitales, dolor con las relaciones sexuales o incluso cánceres de vulva no diagnosticados por vergüenza a “hablar de sus partes”. Fue sacar la cartulina y sonrojarse la multitud entera como si de un atardecer cegador se tratase, comenzaron a escucharse susurros como cigarras y, acto seguido, se agolparon las preguntas en un tono cada vez más sonoro.

Aquella tarde nos quedamos casi tres horas hablando sobre nuestros cuerpos, sobre la higiene íntima, sobre el deseo, sobre el consentimiento y, sobre todo, sobre la violencia: cómo identificarla, cómo decir que no, cómo pedir ayuda y qué otras opciones tenían las mujeres de una India rural para poder decidir libremente en contra de lo que el estado, sus familias, las instituciones o sus maridos, esperaran de ellas. Sabíamos que era muy difícil y ellas sabían más que de sobra la complejidad de las cadenas que las ataban a sus destinos, pero, aquella tarde, al menos, sabían que no estaban solas, que su rumiación era la misma que la de sus vecinas y que, si en algún momento se decidían a dejarlo todo, estarían acompañadas en el proceso.

Les hablamos de los proyectos de microcréditos para mujeres viudas, separadas, sin recursos o víctimas de violencia sexual o de género, que teníamos a disposición, y estuvieron exponiendo sus ideas sobre cómo emplearían el dinero para construir sus negocios, sus sueños, su forma de vida.

En los días siguientes, algunas de estas mujeres aparecieron por el centro de Daki. Querían abrirse una cuenta bancaria, marcharse de allí, empezar de cero. Todo sucedió muy deprisa. Las mujeres del proyecto las entrevistaron, les entregaron la cantidad que necesitaban y las pusieron en contacto con sus redes de apoyo en ciudades y pueblos cercanos. Dos de ellas vinieron a buscarme y me dijeron que querían ser “profesoras” y llevar a otras mujeres sus propias cartulinas para continuar con las charlas cuando nosotras ya no estuviéramos. Las contrataron en la ONG como comunicadoras docentes. Ahora sí, nuestro trabajo había acabado.

Por su parte, Rhuna y Ruhi me consta que están bien, ambas se fueron juntas de allí cuando le dieron el alta a Rhuna. Ruhi nunca volvió con su maltratador. Abrieron una tienda de saris en Kolkata, donde, por cierto, abundaba el verde, y pudieron meter al crío en el colegio del proyecto. Rhuna consiguió unas prótesis para sus manos y Ruhi se encarga de las costuras que requieren un uso más preciso de su pulgar oponible. El año pasado me llegó una invitación de boda al correo electrónico, era de Rhuna; me prometía que, si podía asistir, pondrían el “Aserejé” en el convite de bodas.

Zahira Galindo Salmerón.

Médica Rural. Especialista en Medicina Familiar y Comunitaria. Magíster en Urgencias y Emergencias Extrahospitalarias. Experta en Violencia de Género, Violencia Doméstica y Acoso Escolar. Activista en Salud Planetaria y Derechos Humanos. Artista multidisciplinar.

Cómo citar este artículo:

Galindo Salmerón Z. Comunicando en patio de vecinas. *Folia Humanística* 2025; 5(2):92-101. Doi: <http://doi.org/10.30860/0127>.

© 2025 Todos los derechos reservados a la *Revista Folia Humanística* de la Fundación Letamendi Forns. This is an open access article.